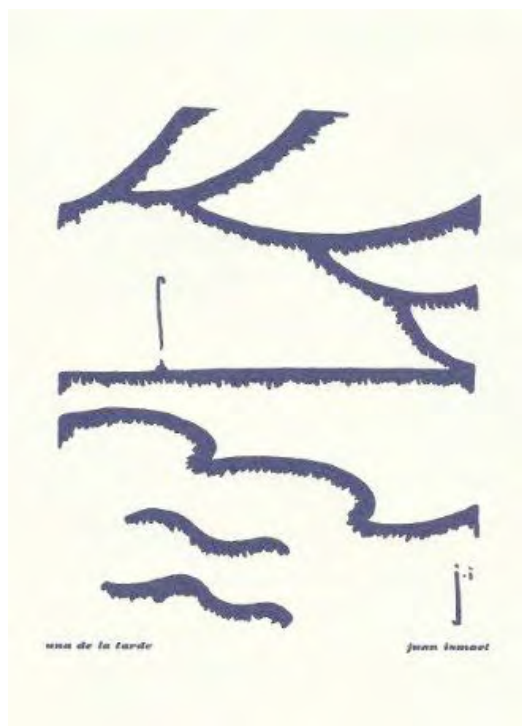


CATÁLOGO EXPOSICIÓN “LPGC”. Fundación Mapfre-Guanarteme. La Laguna. Tenerife. Septiembre 2011.

LPGC: Alfonso Crujera

Federico Castro Morales

Los vínculos entre el hombre y la Naturaleza trazan también una cartografía emocional: la isla es un valor espiritual y eterno capaz de entrelazar individuos a través de la experiencia en el territorio, y su expresión escrita y plástica conforma una genealogía inconsciente. Esta ambivalencia entre literatura y arte ha sido un poderoso generador de ideas e imágenes que entronca con el pensamiento de Miguel de Unamuno -amigo de Domingo Doreste (Fray Lesco) y Juan Carló-, cuestionador de la imagen de Canarias identificada exclusivamente con el vergel del Valle de la Orotava y El Pico del Teide, de raíz humboldtiana y acorde con el gusto inglés y regionalista (*Por tierras de España y Portugal*, 1911). Luego configuró una alternativa en los ensayos “La aulaga” y “Una isla y un estilo”, textos integrados en el opúsculo *Fuerteventura, un oasis en el desierto: crónicas de D. Miguel de Unamuno*, escritos durante su confinamiento en la ancestral Maxorata, salidos a la luz en Santa Cruz de Tenerife poco después de su marcha hacia Francia (Biblioteca Canaria, Librería Hespérides, 1924). El paisaje seco, desnudo y solitario, identificado con la aulaga, encerraba una posición ética frente a la Naturaleza exuberante, de gran influjo sobre la generación que en 1925 comenzó a construir las bases de la modernidad en Canarias.



El paso decisivo para materializar una mirada y un concepto plásticos nuevos, en huida hacia posiciones más esenciales, lo dio en 1928 el poeta y pintor Juan Ismael en su serie *Poemas marinos*. Una de las psicografías de este artista -primero alumno y más tarde profesor de la Escuela Luján Pérez-, la titulada “Una de la tarde”, sería reproducida en la revista *Cartones* (1930), editada con motivo de la muestra de la Escuela Luján Pérez de Gran Canaria en las salas del Círculo de Bellas Artes de Tenerife. Fue entonces cuando Pedro García Cabrera publicó “El hombre en función del paisaje”, texto donde se produce el encuentro entre las imágenes plásticas desprovistas de la hojarasca del viejo regionalismo y el ensayo emprendido en el ámbito

literario por el equipo de redacción de la revista *La Rosa de los Vientos* (1927-28). Se materializaba así la vanguardia enraizada de Canarias, una idea arduamente elaborada, cuya estela enriquece y prolonga Alfonso Crujera.

“Una de la tarde” aporta una síntesis extrema del paisaje, compuesta por tres formas sustanciales, una gran extensión de mar con rompiente en la orilla, barco humeante en el horizonte, y un cielo limpio bajo la barra de nubes... Una imagen que fluye a partir del arquetipo.

Alfonso Crujera pertenece a la estirpe de creadores con capacidad de generar arquetipos fuertemente enraizados en la realidad, elaborados a partir de una experiencia individual, de la vivencia del tránsito por un territorio interiorizado de manera inconsciente hasta convertirlo en una psicografía que, como la imagen de Juan Ismael, tiene la capacidad de hacerse reconocer en los demás como un impulso esencial del paisaje y no tanto como una ensoñación, como una imagen onírica fruto de la fantasía o la invención del creador.



Pero la operación de Crujera no se detiene en el logro del arquetipo. A partir de la imagen generada surge una serie plástica en la que mar y cielo se transforman en cada nueva visión, reflejando situaciones cambiantes, las diferentes horas del sol. Por ello sus pinturas y grabados nos retrotraen a la pintura atmosférica que practicaron en el siglo XVIII Alexander Cozens, John Girtin, John

Constable o J. M. W. Turner. Estos artistas, imbuidos por el empirismo, se adentraron en la Naturaleza para tratar de expresar en la pintura las emociones experimentadas en el escenario natural, una sublime experiencia que trasladan al espectador a través del uso de una adecuada gramática de la luz y el color. El objetivo no era la descripción pormenorizada del escenario, atrapar los detalles exactos, sino capturar el instante y la emoción de manera casi automática, a través de manchas que transmiten el gesto con la brocha cargada de tinta o a la acuarela, para luego interpretarlas libremente al óleo en el estudio. Lógicamente, el procedimiento conllevaba cierta dosis de abstracción y de panteísmo, para percibir estados de ánimo en el paisaje, conscientes de que la melancolía es un patrimonio compartido por el hombre y la Naturaleza, enriquecido con imágenes poseedoras de una intensa carga emocional.

Recuerdo a Crujera en los años setenta con su cuaderno de campo compartiendo acuarelas en la costa de Tacoronte -junto a Víctor Ávila, Imeldo Bello y otros futuros creadores y arquitectos, amigos cuya identidad se ha llevado el olvido-, entregado al ejercicio alquímico de atrapar la luz sin que la densidad de los pigmentos apagara la transparencia que la ola muestra en su juego con el sol vespertino, cuando no, el rayo verde o el no menos fugaz perfil de la costa noroeste de Tenerife, casi siempre oculto tras las nubes, hasta que el crepúsculo se instala a su espalda, imágenes que acogían comentarios y

reflexiones en el blanco del papel. Luego sus destinos se bifurcaron, pero la espuma del mar hecha tuétano les había inoculado y años después afloraría en *El final de la isla*, la última serie de Víctor Ávila, y *LPGC* en Alfonso Crujera, proyecto que tuvo una primera materialización en el libro de artista *LPGC Punta del Caletón*, en cuyas páginas alterna bocetos a la acuarela, collages e imágenes en convivencia con textos de Pedro García Cabrera, conformando un cuaderno de artista (2004), luego difundido a través de su blog en un video con música de David Gonçalvez (2007).

En medio de un acantilado árido, suavizado por la presencia de tabaibas y piteras, se encuentra el estudio y hogar de Crujera en San Felipe, en el noroeste de Gran Canaria. Desde la terraza Alfonso puede capturar el infinito y abarcar con su mirada panorámica la curvatura del horizonte y contemplar el misterioso fenómeno que, en ocasiones, lo remarca y subraya, haciéndolo más nítido que la banda costera próxima, y, en otras, lo diluye, reduciendo la isla a una silueta sin cielo ni mar, negando toda posibilidad al reflejo. Entonces, la naturaleza misma, convertida en un espejo mudo, sugiere el icono. Pero, incluso difuminada, cuando la calima asfixia la atmósfera, prácticamente desmaterializada la orografía, se desvela la rotundidad de La Isleta y el istmo, hoy paisaje urbano que se adentra en la ciudad, borrado el carácter virginal de aquel espacio antaño desértico, para conformar una entidad visual contundente que Ángel Sánchez valora:

“No parece haber otra iconografía de tal alargamiento físico y antrópico, que nos muestre la perspectiva lineal de su colonización y crecimiento urbano. No la había en las artes plásticas: demasiado prosaico parecía ese accidente como sujeto estético”.

Cierto es que Néstor Martín Fernández de la Torre, al diseñar en 1934 un cartel de promoción turística, fijó su atención sobre este sector de la ciudad, aunque su visión recoge en primer término Ciudad Jardín con su exuberante vegetación y al fondo el Puerto de La Luz repleto de buques de todas las banderas y La Isleta.

La perspectiva elegida por Crujera le permite aislar la imagen con tal eficacia, que podría tener una proyección social y turística; pero *LPGC* es algo más que un acrónimo y un icono destinado a reproducirse en camisetas y pegatinas. Es un proyecto vital y estético armado sobre la relación de un hombre con su territorio y un itinerario existencial. Sugiere el fluir de un paisaje, que es otro extremo de isla, percibido desde la distancia, reducidos los detalles portuarios a una silueta que se integra en el horizonte y en condiciones que se alteran cada día, a cada instante, durante el tránsito entre San Felipe y Las Palmas de Gran Canaria; también en la contemplación serena, desde la Punta del Caletón.

La consciencia acerca de la mutabilidad del medio conduce al artista a emprender en 2002 un proyecto en el que lo fugaz y pasajero dan elocuencia a series que podrían tener un carácter infinito, pero el artista nos muestra y comparte con generosidad a partir de 2007, desdeñando la tentación egoísta – ajena a su propio ser- de guardar para sí estos cuadros.

Antonio P. Martín ha destacado la filiación romántica de los pilares de esta actitud y método de trabajo, relacionando estados de ánimo del artista con las visiones de la ciudad, describiendo además de las circunstancias climáticas y cromáticas, que son el tiempo de la obra, las coordenadas de su creación:

“Los días de sol, azules intensos, los días nublados, grises intensos, los días de calima, grises débiles, las noches oscuras, marrones y negras...
Días de calma y días de tormenta, días de luz y días de oscuridad, días de belleza y días sin belleza, días de silencio y días de ruido...
Amaneceres, atardeceres, puestas de sol, nocturnos y distintas visiones de la ciudad y su contorno”.

Dos lógicas emergen en este proyecto: la de la mirada que contempla las variaciones de un paisaje y se somete a la colaboración atmosférica, consciente de la permanente novedad de un mar y un cielo azules, y la que deriva de la naturaleza técnica de las artes gráficas, un ámbito donde, una vez elaborada una matriz, el impresor puede generar múltiples copias y variantes a través del entintado y la estampación.

Por ello no sorprende que además *LPGC* sea también un pretexto para investigar sobre las técnicas del grabado, circunstancia que añade un carácter experimental al proyecto, unido a la vanguardia técnica que en estos momentos protagoniza Alfonso Crujera, no sólo en Gran Canaria, como profesor de la Escuela Luján Pérez, en los Talleres de Grabado del Cabildo de Gran Canaria o en su taller de San Felipe, sino a nivel nacional e internacional, como reconocido pionero en el desarrollo de las posibilidades de la electrólisis, técnica a la que ha dedicado un intenso manual.

Como ocurriera en 1930, *LPGC* es recibida ahora en Tenerife como una nueva embajada del arte hecho en la isla vecina, después de mostrarse en Gran Canaria y Madrid. Llega justo en un momento en el que se espera del arte capacidad para desatar la emoción y atrapar al espectador.

Estas visiones logran satisfacer dicho anhelo: al abandonar la sala de exposiciones e iniciar el descenso hacia Santa Cruz, aparece Gran Canaria en el horizonte y percibimos con nitidez la silueta de la isla. Se apaga la geografía y reverbera *LPGC*. Otras luces comienzan a destacar las poblaciones costeras e intuimos La Isleta, la Punta del Caletón y San Felipe, principio y fin de este ciclo. Sin buscarlo, se ilumina el recuerdo con la frase “Buscamos desplazar los límites de las formas conocidas”, anotada por Crujera en el catálogo de su exposición *Cielo sobre cielo*, en el Ateneo de La Laguna (1976).

Se cierra otro ciclo vital y artístico y se abren nuevas búsquedas.

Tacoronte, 21 de abril de 2011